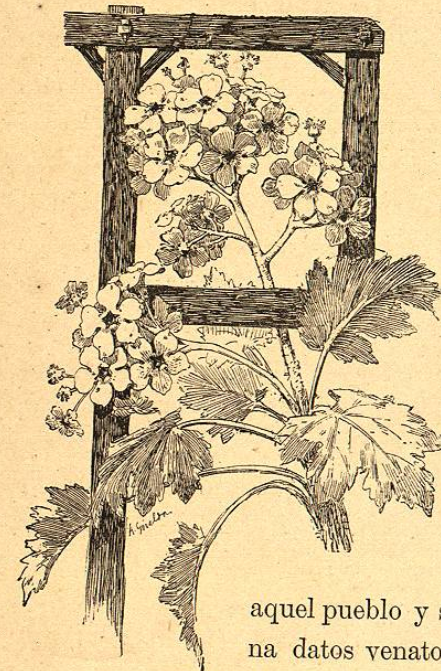


## CAPÍTULO IV

LA CAZA EN LOS PRIMEROS SIGLOS DEL PUEBLO EGIPCIO

I



ARA trazar, siquiera á grandes rasgos, el cuadro histórico de la caza en el antiguo Egipto, hemos de acudir á evocar sus supersticiones, sus teogonías y sus falsas religiones.

El estrecho consorcio entre las creencias de aquel pueblo y su fauna proporciona datos venatorios preciosos para el publicista.

En Egipto, en esta tierra clásica de las supersticiones, en el que, como dice con inimitable elocuencia el gran Bossuet, todo era Dios, excepto Dios mismo, se adoraban como divinidades diversas suertes de animales.

Herodoto, que levanta el velo que encubre la religión popular de los egipcios, nos señala á Ptah, unido en lazo matrimonial con Patch, la diosa de la venganza, con cabeza de leona ó de gato.

Tomo I.—Historia de la Caza

La *triada* que acabó por dominar al resto de las creencias es la de las tres divinidades de Abydos: Isis, Osiris y Horus; con su cortejo de divinidades inferiores: el buey Apis, Seth, el dios de la guerra y del crimen; Neptlup, Thoth, el inventor de la escritura, simbolizado por el ibis; el dios monstruoso Bes, de robusta encarnadura, de cabeza de toro y con melena leonina.

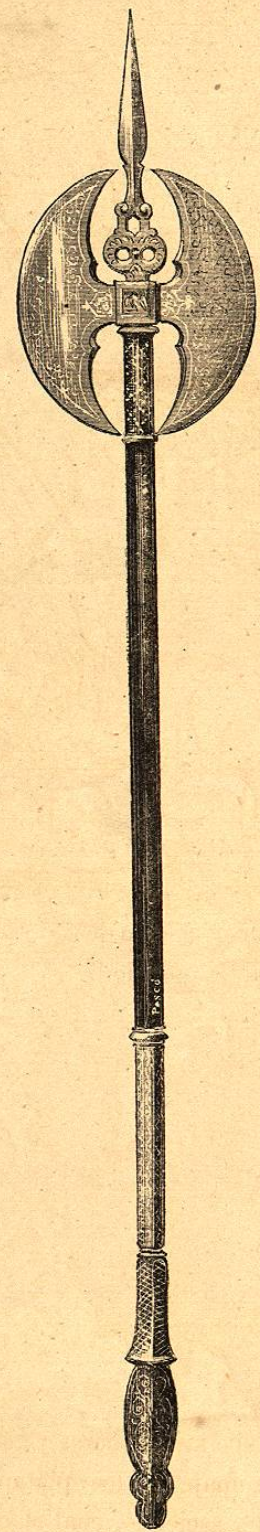
Todas estas divinidades personifican la fuerza y los fenómenos de la naturaleza; pero las supersticiones groseras del pueblo egipcio trocó la adoración del símbolo mismo por la idolatría.

La historia venatoria ha de recoger las primeras trazas de la fauna en Egipto en las tradiciones, libros sagrados y monumentos de aquel pueblo.

En los grandes templos, en las necrópolis, eran adorados gran número de animales venatorios: aves, fieras y serpientes. Vivos, eran alimentados á costa del erario público; muertos, eran cuidadosamente embalsamados. Los cocodrilos recibieron fervoroso culto en Tebas; los ibis, en Hermópolis; los cuervos, en Mendes, etc., etc., etc.

El pueblo rindió más culto al animal que al dios, y la ley consagró sus supersticiones. La muerte, aun sin intención, de un animal sagrado, tenía señalado como castigo la pena capital.

Rezan las crónicas que un día un soldado romano fué arrastrado por las turbas por haber dado muerte á un gato sagrado; y que en Alejandría hubo casi una revolución por injurias proferidas contra el buey Apis.



Egipto en tiempo de los Fatimidas  
Alabarda para la caza del león

No es de admirar, pues, que los escritores romanos y griegos hayan afirmado que todos los egipcios eran idólatras.

«Si entráis en un templo,—dice San Clemente de Alejandría,—veréis á un empleado que se adelanta

con aire grave, cantando un himno; y levanta el velo como para mostraros á Dios. ¿Qué veis entonces? Un gato, un cocodrilo, una serpiente, ó alguna otra alimafia feroz. Aparece el dios de los egipcios. Es una fiera ó bestia salvaje, revolcándose sobre tapices de púrpura.»<sup>(1)</sup>

El respeto tributado á los ejemplares de algunos animales, que tras mil ceremonias y fiestas alcanzaban el rango de sagrados, no excluía la pasión venatoria.

La caza en tiempo de los Faraones fué una pasión noble, que enaltecía al que se hallaba señoreado por ella.

Los adornos de las esculturas de Retus representan numerosos y encantadores cuadros de caza. En Tebas, por ejemplo, se ve, en uno de sus templos, el trasunto de cazas en que figuran antílopes, gacelas, liebres, erizos, chacales, hienas, avestruces, etc., etc.<sup>(2)</sup>

En Mastaba hállase un característico cuadro, que conserva, en muchos sitios, trazas de color, y es trasunto de una escena de cacería. El noble señor de Ti, de gigantesca estatura, aparece montado sobre un hipopótamo. Traban batalla un hipopótamo y un cocodrilo; pero la atención de los cazadores hállase fija en un colosal hipopótamo, aprisionado ya por fuertes sogas, y que recibe una nube de jabalinas.

Los egipcios son los *sportmans* del mundo primitivo. Fueron los primeros que amaestraron el perro de caza y el caballo de pura raza.

Los monumentos que admira nuestra generación, y que han derramado copiosa luz acerca de la civilización egipcia, son elocuente testimonio del lugar privilegiado que en las costumbres tenía la venatoria, ya sea bajo el punto de vista del esparcimiento, ya como medio de proporcionar sabrosos manjares y proveer al sustento.

En la *Mastaba* de Pth-hotep hállase la pintura de este dignatario, alto y fornido de cuerpo, deleitándose en la contemplación de escenas de caza, gimnasia y juegos.

Muestra aquella obra pictórica variados animales de caza: antílopes cogidos con el lazo, y tímidas gacelas acorraladas por diestros canes; fieras, leones, chacales y panteras.

Las escenas venatorias y cinegéticas del país de los Faraones ofrecen abundosa inspiración al artista, y hacen latir deliciosamente el corazón de los devotos de San Huberto.

(1) *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, par Gaffarel.

(2) Hartmann.—*Les peuples de l'Afrique*.



Caza acuática en Egipto

Ebers, en páginas sobre Egipto, evocación mágica de su pasado, valiéndose de la magia de las ciencias paleontológicas, describe la escena maravillosa de las orillas del Nilo.

«El Nilo ha salido de madre.

Inmensa llanura de agua se extiende en todas direcciones por los que-antes fueron floridos bancales y lozanos sembrados. Sólo descuellan sobre el haz del agua las ciudades protegidas por los diques, con sus gigantescos templos y palacios, los techos de las aldeas y

las copas de las esbeltas palmeras y acacias. Cuelga sobre las olas el ramaje de los plátanos y sicomoros, mientras se eleva y asciende, cual si quisiera huir del húmedo elemento, el de los altos pobos.

La Luna llena derrama suave claridad sobre la cordillera líbica, que se confunde con el horizonte. Flotan en el agua flores de lotos, blancas y azules, y revolotean por el tranquilo aire de la noche, que satura el perfume de acacias y jazmines, murciélagos de diversas especies. En las copas de los árboles duermen las